

# *Editorial*

**L**A CIVILIZACIÓN occidental representada por el capitalismo euroestadounidense es blandida por la ideología desarrollista solazada con la abundancia de valores de uso que supuestamente simbolizan el esplendor de la humanidad. Las megalópolis amasan conglomerados humanos, tejidos infraestructurales y servicios múltiples; el automóvil aflora como icono del industrialismo, la movilidad y el confort; la medicina cristaliza la ciencia aplicada, el cuerpo medicado y la profecía de longevidad; el consumo compulsivo es signo de bienestar, libertad y realización individual; los procesos electorales configuran el gobierno, la libertad y la institucionalidad; y las nuevas tecnologías de la comunicación y la información tejen la intersubjetividad digital, la plataforma informativa y la “nueva democracia”.

Ante el espectro civilizatorio, las visiones desarrollistas plantean, insistentemente, el desafío de montarse en el tren del progreso encarnado

en el modo de vida estadounidense: convertir a los pobres en consumidores, a los escépticos en votantes, a los críticos y disidentes en responsables, a los desocupados en precaristas.

El andamiaje civilizatorio se estremece y de sus férreas estructuras son expelidos seres humanos tomados por redundantes, improductivos o daños colaterales. Los desechos industriales y deyecciones urbanas intoxican la relación metabólica entre sociedad y naturaleza. Los estertores civilizatorios mueven la máquina del progreso hacia una encrucijada donde las rutas de escape persiguen tramas prediseñadas por mentalidades tecnocráticas que buscan territorios donde se asienta el reino mítico del mercado total. Esta bifurcación incita una ominosa dialéctica vida/muerte que inocula las subjetividades acantonadas en la resignación de la globalización gelatinosa, pero también alimenta vidas imaginarias en resistencia que avizoran otros mundos posibles. Dicha tensión acota las condiciones de posibilidad del devenir de la hu-

manidad y su simbiosis con la naturaleza: el capital global entrelaza redes corporativas en el ancho horizonte planetario reducido a emplazamientos mercantiles donde puede explotar trabajo barato, extraer recursos naturales desregulados, apropiarse de sectores estratégicos y rentables, capturar gobiernos entreguistas, succionar recursos fiscales, amén de apoderarse de bienes comunes y de los residuos de la economía pública. Tamaña civilización vive su esplendor imaginario en megalópolis inyectadas de grandes dosis de capitales ficticios y ganancias extraídas de otras latitudes. La economía de la opulencia se vive como una cultura del espectáculo. En los mundos periféricos las tensiones sociales generan necrópolis articuladas por la sobreexplotación laboral, la depredación ambiental y la cooptación del Estado por los intereses corporativos y poderes fácticos; la mayoría de la humanidad (80 por ciento de población radicada en las periferias o 99 por ciento de la población mundial con menores ingresos y a la

baja) resulta paulatinamente despojada y precarizada, en tanto la infraestructura natural es devastada en pos de nuevas fuentes de ganancia extraordinaria.

Develar los puntos críticos de esta tensión requiere, por necesidad, horadar y trascender el pensamiento desarrollista inoculado en el discurso del poder y el imaginario colectivo condescendiente; eludir el embeleso consumista, hedonista y mortífero del capitalismo triunfante, de la imaginaria sociedad perpetua instalada en el espectáculo, el derroche y la búsqueda del dinero fácil. Observar los puntos críticos del desarrollo capitalista permite detectar la carga negativa y nociva de su devenir, no como un ejercicio necrológico, sino como una tarea vital para detectar algunas pautas de construcción social alternativa, positivas y de bien común; producción y reproducción de la vida humana y la naturaleza.

HUMBERTO MÁRQUEZ COVARRUBIAS